

JESÚS LIZANO (1931-2015)

Pablo Carriedo Castro
Sierra Pambley- Universidad de León

Como todos los autores que sienten la necesidad de escribir mucho, Jesús Lizano (Barcelona, 1931) levantó una obra contradictoria. Escritor nacido entre la clase obrera urbana catalana (hijo de un barbero que abandonaría a su madre siendo él muy niño); estudiante primero y, luego, profesor de filosofía —formación que influyó poderosamente en su evolución como autor—, crítico literario ocasional (editor de Aristófanes, de Don Juan Manuel o de Federico García Lorca), y *libre-pensador* por sobre todas las cosas, la poesía de Jesús Lizano ofrece al lector, en esencia, sinceridad —franqueza— y una cierta agradable familiaridad que singulariza sus versos. Es cierto que abundan en ella los momentos extravagantes, histriónicos y excesivos, complaciéndose abiertamente en la ruptura, la provocación y la exploración de realidades tradicionalmente consideradas anti-poéticas o no-convencionales; si bien, distinguiéndose siempre, y muy en particular, por su ternura: la “autenticidad” de un poeta bondadoso y sin doblez, muy pegado estilísticamente a la oralidad (famoso por sus vigorosos y energéticos recitales) y al hueso de la vida, en lo que esta pueda tener de espontáneo, inmediato y fulminante. Una aventura poética romántica e individualísima —progresiva identificación, con desigual fortuna editorial, de su propia vida con su creación poética— que Lizano concibió expresamente como una búsqueda de la libertad humana *total*: una, en sus palabras, “conquista de la inocencia” a través de la escritura, ideológicamente vinculada a la tradición anarquista y el pensamiento místico libertario.

Calificado por Lorenzo Gomis como un autor “caudaloso, arrebatado y obsesivo”, aunque Jesús Lizano posee una incontestable destreza para los cauces clásicos (potente capacidad metafórica, variedad y riqueza léxica, y habilidad en la rima; como así lo demuestra con solvencia su impresionante colección de más de 200 *Sonetos*, reunidos todos por la editorial Lumen en 1992), en su obra predomina, sin embargo, un estilo más bien agreste e improvisado —al menos en apariencia—, enemistado con el cálculo y lo artificioso; técnicamente basado en la acumulación, la yuxtaposición y el uso de figuras retóricas de repetición, bien compensadas con ingenio: anáforas, catáforas, derivaciones, políptotos, epanadiplosis, quiasmos y retruécanos, estructuran claramente su mente poética, produciendo no sólo inusitadas líneas melódicas de particular rareza,

preferentemente asonantes y con tendencia al coloquialismo, sino también insospechados y paradójicos efectos de extrañamiento en las propias palabras, cuyos significados —así insistentemente reiterados—, bien se despliegan amplificándose en diversos sentidos o, al contrario, se interrogan y cuestionan, contrayéndose hasta su mínimo. En ambos casos, siempre sobre registros, sarcásticos, irónicos o críticos, en los que se ocultan, a veces, profundidades filosóficas más recónditas (“Yo veo mamíferos. / Mamíferos con nombres extrañísimos. / Han olvidado que son mamíferos / y se creen obispos, diputados... ¿Diputados? / Yo veo mamíferos. [...] Nadie ve mamíferos, / nadie, al parecer, recuerda que es mamífero. / ¿Seré yo el último mamífero? / Yo veo mamíferos”).

El propio Jesús Lizano ha meditado en extenso sobre su propia trayectoria en varios textos teóricos de referencia, mayormente tardíos (“La salvación de la mente; o el fin del mundo real político” en *Lizania*, 2001; *¡Hola compañeros!, Manifiesto anarquista*, 2007; o *Cartas abiertas al poder literario*; 2014), donde identifica sus etapas. La primera de ellas está comprendida entre los años 1955-1958 y se corresponde ampliamente con sus tres primeros libros: un periodo de iniciación, formación y aprendizaje donde toma contacto y ahonda por primera vez en las particulares características de nuestro género. Su opera prima, *Poemas de la tierra* (1955) se inicia, de hecho, con un verso que el poeta siempre consideró profético: “He descubierto tierra”; una ambigua superposición del mito clásico del “náufrago” en su entrada a un territorio desconocido, misterioso y aún por descubrir —la poesía misma— que con el tiempo adquirirá el nombre inequívoco de *Lizania*. Se trata, en esta primera fase, de un universo claramente rural, en línea con la estética del tiempo; con influencias muy destacadas del existencialismo cristiano —versión hispánica de la fenomenología marxista francesa posterior a la Guerra Mundial— y ambigüamente motivada por preocupaciones sociales (o, con mayor exactitud, cotidianas), ahí redescubiertas e iluminadas para trascenderlas espiritualmente. Como sucede, por ejemplo, en algunas de sus series y colecciones más reconocibles y memorables de entonces como “El vendedor de globos” o “Los picapedreros”.

Su segunda entrega, titulada *Jardín Botánico*, señala un giro —extraño en su obra posterior y que singulariza el libro— hacia el lirismo simbolista tradicional. Es notable, frente a su previo, el esfuerzo del poeta por el acabado y la limpieza formal de las piezas. Abundan los sonetos y se hacen visibles estructuras métricas complejas en un itinerario sentimental de sabor clásico a través de un jardín con albercas y estanques, poblado por pájaros fugitivos y caminando entre diversas variedades de árboles (pinos, cipreses, cedros, guayacanes, olmos y palmeras; todos humanizados) y otras muestras de planta y

vegetación: “Extraño fruto el hombre; extraño Dios le cuida. / Extraño es el jardín botánico en que sueña [...] Aquí, entre tantos árboles, he visto yo la vida / y puede que del viaje que emprendo ya no vuelva. / Si alguien encuentra un alma que no me la devuelva”. Se trata de una naturaleza equilibrada expresivamente y serena —contra su costumbre—, pero amarga también y melancólica; angustiada por la sombra de una desconocida y profunda pérdida, en cuyo contraste se generan algunos de los momentos climáticos del libro: “Éste soy que, andando por el jardín botánico, / mira ahora su rostro en tus serenas aguas. / Éste soy yo que envidia tu prodigiosa calma, / aunque la calma llegue cuando se fue la vida”. Se trata, sin duda, de una de sus mejores entregas, merecedora del importante Premio Boscán 1957 —concedido entonces por el Instituto de Cultura Hispánica de Barcelona—, con el que Jesús Lizano quedaba incorporado a una de las nóminas más avanzadas de la poesía española de posguerra, galardón obtenido por autores como Alfonso Costafreda (*Nuestra elegía*, 1949), Blas de Otero (*Redoble de conciencia*, 1950), Victoriano Crémer (*Nuevos cantos de vida y esperanza*, 1951), Eugenio de Nora (*España pasión de vida*, 1953), Concha Zardoya (*Debajo de la luz*, 1955) o José Agustín Goytisolo (*Salmos al viento*, 1956).

Apenas un año después, en 1958, aparecía en la editorial Barna de la Ciudad Condal el *Libro de la soledad*, nuevo giro experimental en la trayectoria de Lizano que profundiza ya en una mística simbólica suya característica, en esta ocasión, desde cierto particular humanismo marxista. Se combinan contradictoriamente en él, fases de un intenso idealismo, muy próximo a Walt Whitman y claramente influenciado por su lectura —canto al ser humano como medida del universo ambiente—; con otros momentos propiamente históricos más “circunstanciales”, como el trabajo y la lucha por la vida; trascendidos ahí, sin embargo, hacia interpretaciones abiertamente metafísicas. Ya desde lecturas naturalistas (por momentos darwinianas), apegadas de nuevo al campo y lo rural, como en “Nuevos poemas de la tierra”; o, bien, desde temáticas específicamente obreras o *industriales* como “Máquina de la poesía / Poesía de la máquina” —interesante colección a medio camino entre el simbolismo, el constructivismo vanguardista y el realismo-social—, Lizano aspira a encontrar una verdad absoluta, una expresión “cósmica” de la existencia, capaz de sintetizarla y explicarla para sí mismo y sus lectores. Por ello, aunque en esta etapa la poesía de Jesús Lizano puede quedar ampliamente integrada en la poesía social —testimonio, compromiso—, su paso por el movimiento debe matizarse necesariamente. El propio autor interpretó siempre su etapa “social” como

un periodo de transición hacia lo que él denominaba una nueva “poesía dialéctica”, radicalmente individualista y más cercana, en realidad, a la moral que a la política.

En rigor, fue en los alrededores de 1964, aproximadamente, en medio de ese proceso de desintegración de la unidad ideológica del social-realismo —e inspirado también, en otro ángulo, por el reciente nacimiento de su primer hijo—, cuando se produce un punto de inflexión clave en la trayectoria poética de Jesús Lizano. Esta transformación medular y radical de su voz se aprecia en su plenitud en la serie de tres libros que abarca su llamado ciclo de “La creación humana”: *La creación* (1964), *Tercera parte de la creación* (1965) y *La creación humana. Epopeya dialéctica* (1968), ambiciosa ésta y primera gran reorganización del completo de su producción, tal y como Lizano la quiso estructurar entonces y quedará ya fijada para las posteriores ediciones de su obra. Entre algunas diversas y un tanto erráticas, exploraciones en otros géneros literarios (fundamentalmente narrativos, como el cuento o la fábula; aunque también el refrán, la canción o la sentencia, en una línea machadiana: “No han comprendido la creación / cuando digo: mi corazón”), se concreta ahí una poesía esencialmente trágica —a veces teñida por una seriedad y un ansia de trascendencia en verdad obsesivos— de amplia longitud existencial: un poeta asombrado ante el milagro increíble de la vida y su misterio indescifrable, a la búsqueda de algún indicio histórico, científico, cultural o emocional que pueda, en su caso, si no abarcarla o explicarla en su totalidad, sí al menos contener su violento torrente (tal y como ahí es percibido) de dolor y de alegría; donde la poesía actúa apenas como una frágil tabla de salvación ante la soledad y el desorden del mundo.

En los alrededores de 1970, Jesús Lizano va a consolidar ya definitivamente su voz más madura y reconocible. Tras una crisis personal y matrimonial dura —al parecer—, Lizano asegura su definitiva aproximación al anarquismo (al sindicato CNT de Barcelona y las experiencias ateneístas), desarrollando dentro de su marco ideológico un nuevo sistema especulativo de pensamiento poético que dominará por completo el resto de su producción. Sobre un fondo rousseauiano muy acentuado (la fe en la bondad esencial del ser humano, perturbada y corrompida por la sociedad) y en línea también con las ideas de otros clásicos ácratas como la del “apoyo mutuo” de Kropotkin, las tesis sobre la desobediencia civil de Thoreau o la disolvente ironía crítica de Herbert Reed, hacen su aparición entonces, los conceptos principales de *Mundo real político* —correspondiente a la llamada realidad organizada; el Poder, la Ley o la Cultura— y el de *Mundo real poético* que constituiría su anverso: la individualidad (radical), la Libertad y la Anarquía, propiamente. Según explica en su interesante librito teórico-biográfico

Veinticinco años de poesía; y cuarenta de resistencia de 1971, la poesía, en ese medio ambiente, vendría a ser una herramienta para el redescubrimiento de la “fuerza interior” humana; un instrumento para el despliegue de sus facultades y posibilidades; asumiendo ahí, y de antemano, el carácter absolutamente incoherente —a la vez, anti-racional y anti-irracional— de la vida histórica, desenvuelta en una perpetua tensión irresoluble entre la *creación* y la *destrucción*, la *unidad* y la *diversidad*, lo *social* y lo *natural*, cuya síntesis, constituiría lo que él denomina “el misterio”: la mística poética libertaria.

Desde el punto de vista estrictamente creativo, lo más destacado será el vuelco total de su poesía hacia registros filosóficos. La cancelación tanto del racionalismo, como de su anverso dialéctico idealista (según ahí es planteada por Lizano: final de la dominación de las ideas sobre la naturaleza), le conduce a un tipo de poesía basada en la absoluta espontaneidad y la absoluta “naturalidad”; una creación torrencial, copiosísima, como sin filtros —publicando casi un libro por año desde 1981 hasta el 2001—, donde se asocian, combinan y coexisten las más variadas y peregrinas tradiciones: medievales, áureas —con una influencia central, y muy particular, de la figura de *El Quijote*—, también románticas o “modernas”, con preferencias muy acusadas por el surrealismo. Aunque Lizano seguirá cultivando el soneto abundantemente y acabando piezas con desarrollo métrico (por norma general culto, con apoyo en 7 y 11 sílabas), lo más de su producción se desarrollará desde entonces en verso libre, bien en piezas cortas fulminantes (“¡Ellos han! / ¡Nosotros hemos! / ¡Vosotros habéis! / ¡Tú has! / ¡Él ha! / Pero yo / ¿eh?”); o, bien, en larguísimos poemas meditativos, abandonándose al vuelo de la introspección y el pensamiento. Su estilo recuerda a veces a cierto Pablo Neruda —el de las *Odas*, por ejemplo—, también a cierto León Felipe —el de *La insignia* o los “relinchos”—, así como a instantes ocasionales de la obra de Juan Eduardo Cirlot o Carlos Edmundo de Ory. Fiado por completo en lo que él mismo denomina su “intuición”, a menudo desdoblado en máscaras y personajes solo suyos (“Lizano de Berceo”, “Lizanillo de Tormes”, “Lizanote de La Acracia”, “Lizanote de los monos”, “Colectivo Jesús Lizano”), de entre todas sus entregas posteriores —en su mayoría reunidas en el volumen *Lizania. Aventura poética (1945-2000)* y otras también accesibles desde la página web *lizania.net* dedicada al autor—, diría que son particularmente destacables sus colecciones *Mi mundo no es de este reino* (1980), *Misticismo libertario* (1985), el genial *Camino de imperfección* (1987) o *La selva* (Premio Ciudad de Martorell, 1991) que reúnen, creo, lo más esencial de su ideario poético último y donde el lector curioso podrá encontrar valiosos tesoros poéticos y momentos de verdadero brillo. Al fin, tal vez lo mejor de la

obra de Jesús Lizano reside en su tenaz, incombustible empeño “liberador”, contra todos los obstáculos históricos de la realidad y contra todas las tradiciones (“Nuestra alegría: nuestra libertad”, escribe); su lucha poética, intelectual y espiritual —cordial e inocente— por romper las barreras de lo convencionalmente establecido, sorprender la lógica aparente de sus leyes e interrogar, y resistir, el cómodo encarcelamiento de la mente.

Bibliografía poética del autor

- (1955) *Poemas de la tierra*. Barcelona. Editorial Atzavara.
- (1957) *Jardín Botánico* [Premio Boscán]. Barcelona. Instituto de Cultura Hispánica.
- (1958) *Libro de la soledad*. Barcelona. Editorial Barna.
- (1964) *La creación*. Barcelona. Editorial Occitania.
- (1965) *Tercera parte de la creación*. Barcelona. Editorial Occitania.
- (1968) *La creación humana. Epopeya dialéctica*. Barcelona. Ediciones Marte.
- (1972) *Fin de la tierra*. Barcelona. Ediciones Marte.
- (1974) *Ser en el fondo*. Barcelona. Editorial Occitania.
- (1981) *20 poemas desesperados y una canción de amor*. Barcelona. Edición del autor.
- (1982) *Mi mundo no es de este reino*. Barcelona. Edición del autor.
- (1983) *Labios como espadas*. Barcelona. Edición del autor.
- (1984) *Sonetos del miserable*. Barcelona. Edición del autor.
- (1985) *Misticismo libertario*. Barcelona. Edición del autor.
- (1987) *Camino de imperfección*. Barcelona. Edición del autor.
- (1987) *Lo unitario y lo diverso*. Barcelona. Lumen.
- (1990) *La palabra del hombre*. Madrid. Adonais.
- (1991) *La selva*. Martorell. Editorial Seuba.
- (1992) *Sonetos*. Barcelona. Lumen.
- (1995) *Héroes*. Madrid. Ediciones Libertarias.
- (1997) *Lizanote de la Mancha*. Barcelona. Colección El Ciervo.
- (1997) *Lizanote de la Mancha. Segunda Parte*. Barcelona. Colección El Ciervo.
- (1998) *Lizanote de la Mancha. Tercera Parte*. Barcelona. Colección El Ciervo.
- (2001) *Lizania. Aventura poética (1945-2000)*. Barcelona. Lumen.
- (2005) *Novios, mamíferos y caballitos (a la Acracia por la inocencia)*. Sevilla. Ed. La Mano Vegetal.
- (2007) *El ingenioso libertario Lizanote de la Acracia (o la conquista de la inocencia)*. [Antología] Barcelona. Edición del autor.